



CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA
Secretariado Nacional de Liturgia

CELEBRAR Y ORAR EN TIEMPO DE PANDEMIA

**Celebración para
los hogares**

**Domingo XXIX
Tiempo durante
el año**

18 de octubre de 2020



CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA
Secretariado Nacional de Liturgia



La siguiente es una guía para poder celebrar en nuestras casas, en este tiempo de pandemia, el domingo vigesimonoveno del tiempo durante el año.

Los textos que están en rojo (rúbricas) no son para leer en voz alta y tienen la función de dar algunas indicaciones sobre lo que hay que ir haciendo. De acuerdo a las posibilidades de la persona y/o grupo familiar se realizará todos o algunos de los momentos celebrativos propuestos.

Para preparar antes de la celebración:

- Un lugar cómodo que permita el recogimiento y la oración familiar.
- Un pequeño altar con los elementos que a la familia le son significativos: un mantel, una vela encendida, una cruz, la imagen de la Virgen María, etc.
- Una Biblia desde la cual se proclamará el Evangelio.

Iniciamos la celebración

Una vez reunida la familia en torno a la Palabra de Dios, se propone comenzar con el canto «Juntos como hermanos» (*Gabaráin*). Si [hacemos click en el título](#) de la canción podremos acceder a la versión cantada.

JUNTOS COMO HERMANOS

*Juntos como hermanos,
miembros de la Iglesia,
vamos caminando
al encuentro del Señor.*

Un largo caminar
por el desierto bajo el sol,
no podemos avanzar
sin la ayuda del Señor.

*Juntos como hermanos,
miembros de la Iglesia,*

*vamos caminando
al encuentro del Señor.*

Unidos al rezar
unidos en una canción,
viviremos nuestra fe
con la ayuda del Señor.

*Juntos como hermanos,
miembros de la Iglesia,
vamos caminando
al encuentro del Señor.*

Luego el adulto que guía la celebración (G) invita a todos a hacerse la señal de la cruz, mientras dicen:

Todos: En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

G: Familia, bendigamos al Señor, que en su bondad nos invita a compartir la mesa de su Palabra.

Todos responden:

Bendito sea Dios, por los siglos.

Y continúa:

En este domingo, el día del Señor, reconociendo que necesitamos su perdón y su paz, manifestemos nuestro arrepentimiento:

Todos hacen un breve momento de silencio, y a continuación dicen juntos:

G: Tú que eres el Camino que conduce al Padre. Señor, ten piedad

Todos: Señor, ten piedad.

G: Tú que eres la Verdad que ilumina a los pueblos. Cristo, ten piedad.

Todos: Cristo, ten piedad.

G: Tú que eres la Vida que renueva el mundo. Señor, ten piedad.

Todos: Señor, ten piedad.

G: Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Todos: Amén.

Escuchamos la Palabra

Habiendo marcado previamente el texto que se escuchará y puestos todos de pie, alguien toma la Biblia del altar familiar y proclama el evangelio de este domingo **Mateo 22, 15-21**. Si se prefiere se puede tomar el texto que transcribimos aquí abajo.

Del Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Mateo

22, 15-21

Los fariseos se reunieron para sorprender a Jesús en alguna de sus afirmaciones. Y le enviaron a varios discípulos con unos herodianos, para decirle: «Maestro, sabemos que eres sincero y que enseñas con toda fidelidad el camino de Dios, sin tener en cuenta la condición de las personas, porque Tú no te fijas en la categoría de nadie. Dinos qué te parece: ¿Está permitido pagar el impuesto al César o no?»

Pero Jesús, conociendo su malicia, les dijo: «Hipócritas, ¿por qué me tienden una trampa? Muéstrenme la moneda con que pagan el impuesto».

Ellos le presentaron un denario. Y Él les preguntó: «¿De quién es esta figura y esta inscripción?»

Le respondieron: «Del César».

Jesús les dijo: «Den al César lo que es del César, y a Dios, lo que es de Dios».

Palabra del Señor

Reflexionamos en familia

Se puede hacer una reconstrucción del evangelio, con preguntas para dialogar en familia. Además, puede leerse la siguiente reflexión:

El evangelio de Mateo, hoy, nos sitúa en el corazón de las polémicas que Jesús mantiene con los dirigentes en Jerusalén y que los evangelistas sitúan al final de su vida, precediendo a la pasión. Esta vez querían comprometerlo a fondo con las autoridades romanas, que vigilaban ferozmente cualquier movimiento social o político para castigar cualquier rebeldía. Oponerse al César, incluso en nombre de Dios, era ir contra la «paz romana», uno de los mitos de la época. Los espías pretenden halagarlo, pero en el punto de mira está el prefecto romano Poncio Pilato, que era un gobernante de una crueldad sin miramientos, vengativa y arbitraria. Los judíos lo odiaban porque había introducido en Jerusalén bustos e insignias del César, además de haber usado el dinero sagrado del templo para construir un acueducto que llevara el agua a Jerusalén.



Las autoridades de la ciudad santa mandan contra Jesús a sus espías para poder deshacerse de este “profeta galileo” que anuncia el Reino de Dios, pero que no coincide con el reino de Roma, ni con el concepto que tienen del mismo algunos partidarios de la revolución contra Roma; en ello Jesús podría estar de acuerdo. Pero las concepciones, entre uno y otros, son muy distintas. Es verdad que Jesús parecía estar en un callejón sin salida: frente a Poncio Pilato, frente a las autoridades, frente a los revolucionarios nacionalistas, frente a todos. No obstante, él la encontró; la encontró recurriendo a la dignidad humana que Dios ha puesto en el corazón de toda persona como imagen suya. Los espías, con su trampa, van a caer en su propia trampa, porque llevan en sus manos el “denario” con la efigie de Tiberio... pero Jesús no lleva nada sobre sí. Solamente tiene su palabra y la fuerza de la sabiduría del reinado de Dios.



Cuando es preguntado, intencionadamente pide la moneda del tributo con la efigie del César y responde: la moneda hay que dársela al emperador; ¿por qué? Porque es el dinero, y el dinero es lo más sucio de este mundo. Los que acuñan moneda tienen poder y por el dinero dominan a los hombres. Entonces, ¿hay que someterse a él? ¡Ni hablar! Por eso añade con una intencionalidad manifiesta: «y a Dios lo que es de Dios». El dinero no es de Dios, sino que de Dios somos nosotros mismos, y por lo mismo nosotros solamente debemos estar sometidos a Dios. Ya San Agustín, que afirmaba: “El César busca su imagen, dénsela. Dios busca la suya: devuélvansela. No pierda el César su moneda por ustedes; no pierda Dios la suya en ustedes”. La trampa la resuelve Jesús, no solamente con inteligencia, sino con sabiduría, donde salta por los aires la legalidad con la que pretenden acusarlo en su caso. La respuesta de Jesús no es evasiva, sino profética; porque a trampas legales no valen más

que respuestas proféticas. El pago de los impuestos es socialmente necesario; el corazón, no obstante, lleva la imagen de Dios donde el hombre recobra toda su dignidad, aunque pierda el “dinero” o la imagen del César de turno que no valen nada.

Aquí Jesús responde con una afirmación liberadora que solamente pueden captar los que no están cegados por el poder, el dinero, el odio y la injusticia. Quizás la mejor ilustración a todo ello la tengamos en San Ireneo, en esa expresión, que es paradigma de muchas radicalidades humanas y divinas: «La gloria de Dios es el hombre viviente; la vida del hombre es la visión de Dios». Todo esto quiere decir que el evangelio de Jesucristo implica, en una simultaneidad inconfundible, que de la misma manera que nos descubre al Dios viviente, nos descubre a la vez, y no por otro camino, al hombre viviente. Podemos usar los bienes de este mundo con eficacia, pero lo que no podemos hacer es vender nuestra vida al mejor postor. Al “César” de turno podemos darle el dinero, o los impuestos, pero nuestra libertad nadie nos la podrá arrebatar.

Para concluir este momento de reflexión podemos cantar «Tan pobre y tan rico» (Bellomo). Si hacemos [click en el título de la canción](#) podremos acceder a la versión cantada.

TAN POBRE Y TAN RICO

Oye, Señor, mi amigo,
cuando veo tu Amor eterno,
siento encogerse mi alma, soy tan pequeño.

No te importan mis obras,
no te alejas si yo estoy lejos,
me amas aunque no te ame, no impones precio.

Quisiera darte todo,
pero es tan poco lo que tengo,
un pobre y triste amor que busca dueño.

Pero a pesar de todo,
Tú lo aceptas con gran afecto,
y haces, del tibio amor, un amor nuevo.

*Soy tan pobre y tan rico,
pues tu amor me hace valioso.
Pongo ante Ti mi nada*

*y reluce como el oro.
Y al ver cuanto me amas,
quiero regalarme todo...
Señor, hazme generoso como Tú.*

Al repetir tu Nombre, se me llena de gozo el alma
y me brota este canto y un mar de calma.

Quiero gritarle al mundo
que el amor ha vencido al odio
y quiero amar al hombre como Tú lo amas.

Si acaso Tú quisieras
ser el dueño de esta alma inquieta,
no dudes en tomarla, ella es tu sierva.

Pero como es tan débil
se resiste a cambiar de senda,
hazla pues mansa y dócil como una oveja.

Confesamos nuestra fe

G: Como familia de Dios vamos a expresar con alegría nuestra de fe diciendo:
«*Creo, Señor*»

Alguno de los presentes va proponiendo las fórmulas de fe, a las que todos responden.

Lector:

En Dios Padre, creador del cielo
y de la tierra...

Todos: «*Creo, Señor*»

Lector:

En Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,
que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo,
nació de Santa María Virgen...

Todos: «*Creo, Señor*»

Lector:

En Jesucristo, que padeció bajo el poder de Poncio Pilato
fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos,
al tercer día resucitó de entre los muertos...

Todos: «*Creo, Señor*»

Lector:

En Jesucristo, que subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso,
y que desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos...

Todos: «*Creo, Señor*»

Lector:

En el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica,
la comunión de los santos, el perdón de los pecados,
la resurrección de la carne y la vida eterna...

Todos: «*Creo, Señor*»

Presentamos nuestra oración

G: Porque sabemos queremos darle nuestra vida a Dios, nos animamos a pedirle con confianza por nuestras necesidades. A cada intención respondemos: “*Te lo pedimos, óyenos*”.

Lector:

Por la Iglesia, comunidad de los creyentes, para que vivamos según tu proyecto de amor, justicia y paz en el mundo. Roguemos al Señor.

Por los quienes tienen el poder temporal, para que descubran que su autoridad proviene de Dios y está llamada a ser verdadero servicio. Roguemos al Señor.

Por todas las madres, para que en este día en el que celebramos su presencia en nuestras vidas, el Señor las cuide y sostenga. Roguemos al Señor.

Por aquellos que han perdido a su madre, para que la esperanza de saberlas en el cielo haga menos dolorosa su ausencia. Roguemos al Señor.



Por todos los cristianos para que desde el Evangelio nos comprometamos para conseguir el común bienestar de todos siendo así buenos ciudadanos de la patria y del Reino. Roguemos al Señor.
Quien lo desee, puede agregar intenciones.

Después, quien anima la oración, dice:

Concluamos nuestra celebración en familia, diciendo juntos la oración que Jesús enseñó a los apóstoles: Padre nuestro que estás en el cielo...

G: Oremos.

Padre omnipotente,
a quien obedece toda criatura,
haz que ninguno de nosotros abuse de su poder,
sino que toda autoridad sirva al bien común,
según el Espíritu y la palabra de tu Hijo,
y toda la humanidad te reconozca como único Dios.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Rezamos por las madres en su día

Antes de terminar la celebración se propone rezar especialmente por madres en su día. Para ello se puede rezar juntos la siguiente oración. Alguno miembro de la familia va leyendo la oración y todos juntos repiten la antifona entre cada párrafo.

Dios Padre Todopoderoso,
te damos gracias por nuestras madres,
a las que tú les has confiado el cuidado precioso
de la vida humana desde su inicio.
Tú has dado a la mujer
la capacidad de participar contigo
en la creación de nueva vida.
Haz que cada mujer pueda llegar a comprender
el pleno significado de esta bendición.

**¡BENDICE A TODAS LAS MADRES,
SEÑOR!**

Mira a cada madre que está esperando un/a hijo/a,
fortalece su fe en tu paternal cuidado
y amor para con ella y para su hijo/a en camino.
Dale valentía en tiempos
de miedo o dolor, comprensión en los momentos
de incertidumbre y duda,
y esperanza en tiempos de problemas.
Concédele alegría
en el nacimiento de su hijo/a.

**¡BENDICE A TODAS LAS MADRES,
SEÑOR!**

Bendice a las madres a quienes les has dado
el gran privilegio y la responsabilidad
de ser formadoras de sus hijos.
Haz que todas ellas puedan
fomentar la fe de sus hijos,
siguiendo el ejemplo de la Virgen María,
la Madre de Tu Hijo.

**¡BENDICE A TODAS LAS MADRES,
SEÑOR!**

Ayuda a todas las «madres espirituales»,
quienes están al cuidado de los hijos de otros
y asumen su tarea con amor maternal,
que puedan descubrir que engendrar vida
es mucho más que dar a luz.

**¡BENDICE A TODAS LAS MADRES,
SEÑOR!**

Te pedimos que envíes
el Espíritu Santo Consolador
a las madres que han perdido hijos,
que están enfermos o separados de sus familias,
que se encuentran en peligro
o problemas de cualquier tipo.
Muéstrales tu misericordia
y dales fortaleza y serenidad.

**¡BENDICE A TODAS LAS MADRES,
SEÑOR!**

Colma de tu paz a las madres
que ya no están con nosotros,
que disfruten en tu presencia
del fruto de sus esfuerzos en la tierra.
María, Madre del Cielo,
intercede por todas las madres,
sé su guía y consuelo.
Alcánzales de Dios la gracia para esta vida
y la alegría eterna en la Gloria.

**¡BENDICE A TODAS LAS MADRES,
SEÑOR!**

Ponemos en manos de nuestra madre del cielo a todas las madres rezando juntos el Ave María:
Dios te salve, María, llena eres de gracia...

Pedimos a Dios su bendición

Quien anima la oración, invocando la bendición de Dios, y santiguándose, dice:

El Señor nos bendiga,
nos defienda de todo mal
y nos lleve a la Vida eterna.

Y todos responden: Amén.

O bien:

Que nos bendiga y nos custodie
el Señor omnipotente y misericordioso,
el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Y todos responden: Amén.

Podemos terminar la celebración cantando «Mis dos mamás» (*Gabaraín*). Si hacemos click en el título de la canción podremos acceder a la versión cantada.

MIS DOS MAMÁS

Tengo en casa a mi mamá,
pero mis mamás son dos:
en el Cielo está la Virgen,
que es también mamá de Dios.

*Las dos me quieren a mí,
las dos me entregan su amor,
a las dos las busco y las llamo
y a las dos las quiero yo.*

Cuando llamo a mi mamá,
ella viene sin tardar.
Mi Mamá del Cielo viene
si me acuerdo de rezar.

*Las dos me quieren a mí,
las dos me entregan su amor,
a las dos las busco y las llamo
y a las dos las quiero yo.*

Cada día mi mamá
me da un beso al despertar.
En el alma llevo el beso
de mi Madre Celestial.

*Las dos me quieren a mí,
las dos me entregan su amor,
a las dos las busco y las llamo
y a las dos las quiero yo.*



También podemos rezar alguna de las siguientes oraciones, preparadas especialmente para este tiempo de pandemia.

Invocación del Papa Francisco a San José

Protege, Santo Custodio, este país nuestro.
Ilumina a los responsables del bien común,
para que ellos sepan - como tú - cuidar a las personas
a quienes se les confía su responsabilidad.
Da la inteligencia de la ciencia a quienes buscan los medios adecuados para la salud
y el bienestar físico de los hermanos.
Apoya a quienes se sacrifican por los necesitados:
los voluntarios, enfermeros, médicos,
que están a la vanguardia del tratamiento de los enfermos,
incluso a costa de su propia seguridad.
Bendice, San José, la Iglesia:
a partir de sus ministros, conviértela en un signo e instrumento de tu luz y tu bondad.
Acompaña, San José, a las familias:
con tu silencio de oración, construye armonía entre padres e hijos,
especialmente en los más pequeños.
Preserva a los ancianos de la soledad:
asegura que ninguno sea dejado en la desesperación
por el abandono y el desánimo.
Consuela a los más frágiles,
alienta a los que flaquean, intercede por los pobres.
Con la Virgen Madre, suplica al Señor
que libere al mundo de cualquier forma de pandemia.
Amén.

Invocación a la protección de San José Gabriel del Rosario Brochero

Señor, de quien procede todo don perfecto,
Tú esclareciste a San José Gabriel del Rosario,
por su celo misionero, su predicación evangélica
y su vida pobre y entregada;
concede con su intercesión, la gracia que te pedimos:
por su entrega en la asistencia de los enfermos y moribundos
de la epidemia de cólera que azotó a la ciudad de Córdoba,
te pedimos por nuestra Patria y el mundo entero,
líbranos de la actual pandemia y de todo mal.
Por Jesucristo, nuestro Señor.
Amén